

ARTICULOS

QUE SE PROPONEN PARA LA FORMACIÓN DEL
PROCESO APOSTÓLICO

SOBRE LAS VIRTUDES TEOLOGALES Y CARDINALES

EN PARTICULAR Y

SOBRE LA FAMA DE SANTIDAD Y MILAGROS EN GENERAL

EN LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

DE LA SIERVA DE DIOS

Dorothea Chopitea Villota

VIUDA DE SERRA

MADRE DE FAMILIA Y COOPERADORA SALESIANA

BARCELONA

B A R C I N O N E N .

BEATIFICATIONIS ET CANONIZATIONIS
SERVAE DEI
D O R O T H E A E C H O P I T E A V I L L O T A
V I D U A E S E R R A

U N I O N I S C O O P E R A T O R U M S A L E S I A N O R U M S O D A L I S

Positiones et Articulos infrascriptos exhibet Sac. Julius Bianchini, Postulator Generalis Societatis Salesianae et etiam in Causa Beatificationis et Canonizationis Servae Dei DOROTHEAE CHOPITEA, ad docendum de fama sanctitatis vitae, atque miraculorum in genere eiusdem Servae Dei, ac praesertim ad docendum de eius virtutibus theologalibus et cardinalibus in specie; et petit ac instat illosque recipi et ad probandum admitti, necnon testes inducendos super eisdem examinari, facultate tamen reservata, novos exhibendi articulos si opus fuerit. Non autem intendit se adstringere ad onus superfluae probationis, de quo solemniter protestatur, non modo praemisso, sed et omni alio meliori modo etc.

Ad faciliorem vero Testium intelligentiam Hispano idiomate utens, probare vult atque intendit prout infra, videlicet:

bre de 1832, con un joven de veintidós años, llamado José María Serra, nacido como ella en Chile, de padre catalán y madre chilena, familia religiosísima como la de Dorotea. Este casamiento en tan temprana edad fue debido a la siguiente circunstancia. Habiendo tenido que volver a Chile para realizar algunos bienes que allí habían quedado, el padre de Dorotea, al llegar a Montevideo le dio un ataque de apoplejía que le puso en peligro de muerte y aunque salvó la vida, quedó tan mal, que resolvió quedarse en Montevideo y que se trasladase allí toda la familia. Dorotea, previendo lo difíciles que habían de ser aquellas relaciones con su novio, confió sus penas al Cielo y abrió su corazón a su confesor y aconsejada por él, dijo Dorotea que le parecía lo mejor o romper por completo toda clase de relaciones o verificar el casamiento cuanto antes. Así se hizo.

7. Es verdad que tuvo seis hijas que fueron todas modelos de virtud y excelentes madres de familia, menos la última, Carmelita, que a los dieciséis años voló al Cielo, cuando acababa de salir del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Sarriá, que fue el primero que tuvieron en España las Religiosas del Sagrado Corazón, fundado por la Madre Teresa Serra, cuñada de Doña Dorotea.

8. Es verdad que se desvivió por la educación de sus hijas. Comprendía cuán estrecho deber pesa sobre los padres y muy particularmente sobre las madres, de imprimir en el corazón de los hijos, cuando está blando como la cera, los principios de una educación sólidamente religiosa y cristiana. Temblaba ante la responsabilidad que tenía delante de Dios y con la acertada dirección de su confesor resolvió emplear todos los medios para cumplir con toda fidelidad tan estrecha obligación. No perdonaba molestias ni sacrificios por su educación. Ayudóla el Cielo en tan santa empresa, llevando a su casa, por efecto de la exclaustación, a su hermana Sor Juana, religiosa que ya había ejercitado con ella funciones maternas. Esta religiosa jamás depuso el hábito religioso ni sus menores observancias, siendo

un poderoso ejemplo para Dorotea y un auxiliar eficaz para la educación de sus hijas.

9. Es verdad que Don Mariano Serra, padre de José María, amaba tanto a su nuera, en cuya compañía vivió siempre, que la llamaba el ángel de la casa; y especialmente en los diez últimos años de su vida, en que perdió casi por completo la vista, la caridad de Dorotea se ejercitó en prodigarle los más exquisitos cuidados, especialmente durante su última enfermedad.

10. Es verdad que nunca dejó Dorotea, después de casada, la práctica que había comenzado desde muy joven, por consejo de su confesor, de comulgar diariamente, ni el rezo del Santo Rosario que en su casa se rezaba en familia y ella de ordinario de rodillas; ni solía omitir nunca por las tardes, entre otras muchas devociones, la visita al Santísimo Sacramento del Altar y la lectura espiritual que hacía ordinariamente en el "Año cristiano".

11. Es verdad que sin descuidar la obra predilecta de toda su vida, el ejercicio de la caridad, mientras vivió su esposo y fueron pequeñas sus hijas, su ocupación principal fue cumplir perfectamente sus obligaciones de esposa y de madre. Cuando fueron mayores hacía que la acompañasen en sus visitas a los pobres y aleccionadas por tan santa madre salieron tan buenas discípulas, que luego pudieron ser esclarecidas maestras de sus hijos, nietos y biznietos.

12. Es verdad que la familia de la Sierva de Dios era el tipo de familia patriarcal, amándose mutuamente y sirviendo ella de lazo de unión entre todos. El domingo y en otras festividades de la familia, los reunía a todos en su mesa, a todos servía y al terminar decía: *Demos gracias a Dios que nos ha dado de comer sin merecerlo*, reinando la más pura y santa alegría. Allí no tenía lugar la murmuración, estaba desterrada la maledicencia, que no hubiera tolerado la Sierva de Dios, tan ajena de todo vicio y defecto en el hablar que nunca salieron de sus labios sino palabras de encomio de todo lo bueno.

bre de 1832, con un joven de veintidós años, llamado José María Serra, nacido como ella en Chile, de padre catalán y madre chilena, familia religiosísima como la de Dorotea. Este casamiento en tan temprana edad fue debido a la siguiente circunstancia. Habiendo tenido que volver a Chile para realizar algunos bienes que allí habían quedado, el padre de Dorotea, al llegar a Montevideo le dio un ataque de apoplejía que le puso en peligro de muerte y aunque salvó la vida, quedó tan mal, que resolvió quedarse en Montevideo y que se trasladase allí toda la familia. Dorotea, previendo lo difíciles que habían de ser aquellas relaciones con su novio, confió sus penas al Cielo y abrió su corazón a su confesor y aconsejada por él, dijo Dorotea que le parecía lo mejor o romper por completo toda clase de relaciones o verificar el casamiento cuanto antes. Así se hizo.

7. Es verdad que tuvo seis hijas que fueron todas modelos de virtud y excelentes madres de familia, menos la última, Carmelita, que a los dieciséis años voló al Cielo, cuando acababa de salir del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Sarriá, que fue el primero que tuvieron en España las Religiosas del Sagrado Corazón, fundado por la Madre Teresa Serra, cuñada de Doña Dorotea.

8. Es verdad que se desvivió por la educación de sus hijas. Comprendía cuán estrecho deber pesa sobre los padres y muy particularmente sobre las madres, de imprimir en el corazón de los hijos, cuando está blando como la cera, los principios de una educación sólidamente religiosa y cristiana. Temblaba ante la responsabilidad que tenía delante de Dios y con la acertada dirección de su confesor resolvió emplear todos los medios para cumplir con toda fidelidad tan estrecha obligación. No perdonaba molestias ni sacrificios por su educación. Ayudóla el Cielo en tan santa empresa, llevando a su casa, por efecto de la exclaustación, a su hermana Sor Juana, religiosa que ya había ejercitado con ella funciones maternas. Esta religiosa jamás depuso el hábito religioso ni sus menores observancias, siendo

un poderoso ejemplo para Dorotea y un auxiliar eficaz para la educación de sus hijas.

9. Es verdad que Don Mariano Serra, padre de José María, amaba tanto a su nuera, en cuya compañía vivió siempre, que la llamaba el ángel de la casa; y especialmente en los diez últimos años de su vida, en que perdió casi por completo la vista, la caridad de Dorotea se ejercitó en prodigarle los más exquisitos cuidados, especialmente durante su última enfermedad.

10. Es verdad que nunca dejó Dorotea, después de casada, la práctica que había comenzado desde muy joven, por consejo de su confesor, de comulgar diariamente, ni el rezo del Santo Rosario que en su casa se rezaba en familia y ella de ordinario de rodillas; ni solía omitir nunca por las tardes, entre otras muchas devociones, la visita al Santísimo Sacramento del Altar y la lectura espiritual que hacía ordinariamente en el "Año cristiano".

11. Es verdad que sin descuidar la obra predilecta de toda su vida, el ejercicio de la caridad, mientras vivió su esposo y fueron pequeñas sus hijas, su ocupación principal fue cumplir perfectamente sus obligaciones de esposa y de madre. Cuando fueron mayores hacía que la acompañasen en sus visitas a los pobres y aleccionadas por tan santa madre salieron tan buenas discípulas, que luego pudieron ser esclarecidas maestras de sus hijos, nietos y biznietos.

12. Es verdad que la familia de la Sierva de Dios era el tipo de familia patriarcal, amándose mutuamente y sirviendo ella de lazo de unión entre todos. El domingo y en otras festividades de la familia, los reunía a todos en su mesa, a todos servía y al terminar decía: *Demos gracias a Dios que nos ha dado de comer sin merecerlo*, reinando la más pura y santa alegría. Allí no tenía lugar la murmuración, estaba desterrada la maledicencia, que no hubiera tolerado la Sierva de Dios, tan ajena de todo vicio y defecto en el hablar que nunca salieron de sus labios sino palabras de encomio de todo lo bueno.

13. Es verdad que en el testamento otorgado por el esposo de la Sierva de Dios decía: *Espero que continuarán reinando entre todas mis hijas y sus familias la misma unión, alegría y cariño fraternal que han presenciado en mi casa durante mis días.*

14. Es verdad que tenía la Sierva de Dios tal respeto y deferencia a su marido, que éste declaró al término de su vida que nunca había tenido el más leve disgusto con ella. Igualmente edificante era en sus relaciones con su suegro, que veneraba como a un santo y cuando permitió Dios que este señor perdiese la vista, lo cuidaba con tanta finura y atenciones tan delicadas, como si fuera su propio padre, no fiando jamás estos cuidados a manos ajenas; tanto que este santo anciano la veneraba y respetaba como a santa. El cariño hacia su esposo lo extremó en su última enfermedad, excediéndose a sí misma. No se apartaba de su lado noche y día, cuidábale por sí misma sin permitir que manos ajenas se ocuparan en servir al que consideraba como a dueño de su vida y tenía por una misma cosa consigo. No había servicio molesto que no desempeñase ella misma; en una palabra, el amor le dio fuerzas para resistir el ímprobo trabajo de tantas semanas, que humanamente no podía sobrellevar.

15. Es verdad que lo mismo hacía con todos los de la casa, y sobre todo con los criados, los cuales confesaban que tenían en su señora una cariñosa madre. Amábalos como madre a sus hijos; aliviábalos del trabajo tomando ella misma parte de él para que no anduviesen fatigados y hacía ella gran parte de las faenas de casa. Trataba con ellos con toda humildad y mansedumbre, cual si fuesen sus iguales y ella no fuese su señora. Velaba para que frecuentasen los Sacramentos procurando inducirlos a ello con ejemplos y palabras. Hacíales rezar cada día el Santo Rosario en familia. En el Adviento se añadía al Rosario el rezo de las cuarenta Avemarías como preparación al nacimiento del divino Redentor, según es costumbre en las fami-

lias cristianas. En los últimos años hizo que fuese a su casa un piadoso sacerdote a explicar el catecismo a los criados y criadas. Cuidaba que cada año sus sirvientes hiciesen ejercicios. No podía sufrir en ellos ni sombra de mentira. Tenia exquisito cuidado en que hubiese la mayor separación posible entre sirvientas y criados. Ninguno de éstos vivía en el mismo piso en que estaba ella con las criadas. Más que con largos discursos atraía los a la práctica de la virtud con la elocuencia del buen ejemplo. En las fiestas principales del año y en los días del santo de alguno de la familia acostumbraba dar a cada uno cinco pesetas de propina. Donde se mostraba madre cariñosísima era cuando caían enfermos. Entonces ejercía con ellos iguales oficios que con sus propias hijas y se constituía en su enfermera. Cuando llegaba el momento en que habían de tomar estado ella les daba la dote necesaria. Es caso digno de consideración que muchas de sus servientas, edificadas con los ejemplos de virtud que en ella resplandecían, abrazaban el estado religioso.

16. Es verdad que dejó consignado su marido que repartiéndose cien mil pesetas entre pobres y necesitados y que la Sierva de Dios acrecentó notablemente esta cantidad elevándola a doscientas cincuenta mil pesetas, comenzando a poner en práctica lo que su mismo esposo le decía poco antes de morir: *Haz, esposa mía, todo el bien que puedas, sin hacer caso de los dichos de los hombres.* Estas palabras le quedaron fuertemente grabadas, de modo que cuando alguno se admiraba de que pusiera mano en todas las obras benéficas que iban surgiendo, o bien se la reconvenía porque se ocupaba en ellas con demasiada solitud y sin descanso, escudábase con el encargo recibido de su marido, sirviéndole para disimular el ardor de su caridad.

17. Es verdad que cuando algún miembro de la familia necesitaba cuidados especiales, no la arredraba ningún sacrificio en razón de prodigárselos; siendo más solícita aun del bien espiritual de sus nietos, procurando que entrasen a formar parte de Asociaciones piadosas, aprovechando todas las ocasiones

para inclinarlos a la virtud y a la frecuencia de los Santos Sacramentos, sin que las obras de caridad que llevaba entre manos la distrajeran de los minuciosos cuidados que requería la educación de sus nietecitos.

18. Es verdad que fue siempre solícita y muy cuidosa de no perder ni un minuto de tiempo, teniéndolo todo bien ocupado y siguiendo un orden constante en la distribución de las horas del día, que observaba en cuanto le era posible. En vida de su esposo levantábase a las seis; luego a las cinco y media. De seis a ocho se ocupaba en oír misa, hacer oración, recibir la sagrada Eucaristía. Desayunaba a las ocho una jícara de chocolate, medio panecillo y un vaso de agua. De nueve a once despachaba con su secretario y recibía a las personas que iban a tratar con ella asuntos ordinariamente de beneficencia y a las que buscaban en ella el alivio de sus necesidades. A las doce tomaba su refección con la familia. Después en sus postreros años descansaba unos minutos, dedicándose luego al trabajo manual, cortando ropa y cosiéndola, para distribuir entre los pobres. Por la tarde salía a sus negocios. Al anoecer, antes de cenar, leía un buen rato en el "Año cristiano" y luego rezaba de rodillas el Santo Rosario. A las diez se recogía a su cámara y se ocupaba en sus devociones hasta la hora de acostarse, que era a las once.

DE LAS VIRTUDES HEROICAS

19. Es verdad que Dorotea Chopitea practicó todas las virtudes cristianas, y no en un grado común y ordinario, como han de practicarlas todos los buenos cristianos, sino en un grado extraordinario y excelente, es decir, en un grado heroico, propio de las almas perfectas y santas. Este heroísmo resulta claramente de la prontitud, de la facilidad y del placer con que la

Sierva de Dios practicaba la virtud, aunque los actos de cada una de ellas fueran difíciles, ya por razón de los mismos actos, ya por las circunstancias de que iban acompañados.

FE HEROICA

20. Es verdad que en la Sierva de Dios, educada desde su más tierna infancia por sus religiosísimos padres en la santa fe católica, brilló siempre su fe viva y firme; ella fue la luz sobrenatural que iluminó su vida y la norma de todos sus actos. Desde pequeñita rezaba con amor las oraciones de la mañana y de la noche; era tan ejemplar su recogimiento en la iglesia, que hacía decir a una religiosa del Sagrado Corazón: “Antes de entrar en religión nos confesábamos con un mismo confesor Dorotea y yo”; y contaba como una dicha hallarse al lado de esta santa señora tanto al pie del confesonario como en la sagrada mesa y demás ejercicios de piedad, “porque su presencia me recogía y elevaba a Dios; ¡tanto era su fervor!”

21. Es verdad que su fe era sencilla, positiva, no una fe de puro sentimiento o de tradición familiar; sino de firme asentimiento a todos sus artículos y a los misterios de nuestra sacrosanta religión, como se echaba de ver en sus múltiples obras de caridad, en la vida de familia y en la educación ejemplar que dio a sus hijas.

22. Es verdad que todas las mañanas oía la santa misa y se acercaba en compañía de sus hijas a recibir la santa comunión con grandísimo fervor, como atestiguan cuantas personas la conocieron en su parroquia de Santa María del Mar. Todas las tardes hacía la visita al Santísimo Sacramento del Altar y cuando quedó construída la Iglesia de las Madres Reparadoras, asistía con grande edificación de estas Religiosas, a la bendición que todas las tardes se daba con Su Divina Majestad.

23. Es verdad que se confesaba todas las semanas, primero con un prudente y fervoroso sacerdote de Santa María del Mar, don Pedro Naudó, por espacio de cincuenta y tres años, o sea hasta que murió el celoso beneficiado; y luego con el P. Joaquín Carles, religioso de la Compañía de Jesús, haciéndolo con tal fervor que edificaba a los presentes, conforme hemos dicho arriba.

24. Es verdad que su más ardiente devoción era la del Sagrado Corazón de Jesús, la cual fue en aumento hasta el fin de su vida. Fue gran propagadora de ella dentro y fuera de Barcelona, llegando hasta América el fruto de su celo para que fuese reconocido y adorado, a cuyo fin hizo construir un sinnúmero de estatuas. Al establecerse en la iglesia del Sagrado Corazón el Apostolado de la Oración, fue nombrada presidenta de los coros de señoras. Ella promovió la celebración del mes del Sagrado Corazón en la parroquia de Santa María del Mar.

25. Es verdad que profesó una devoción ardentísima hacia la Santísima Virgen María. Rezaba todos los días el Santo Rosario de rodillas, no dejándolo nunca por más obstáculos que se opusieran a tan pía devoción, aun estando de viaje y anticipándolo si barruntaba que lo podría impedir algún estorbo al tiempo acostumbrado. Esta santa práctica la enseñó a sus hijas. Ella fue la que de acuerdo con el ejemplar sacerdote don Pedro Naudó estableció en la iglesia de Santa María del Mar el culto del mes de María, cuando esta devoción, hoy tan desarrollada, no se practicaba en esta ciudad o a lo menos era poco conocida. También en la misma iglesia introdujo la devoción de los coros de la corte de María.

26. Es verdad que tenía devoción ternísima a la Santísima Virgen invocada con el título de Auxiliadora de los Cristianos, trabajando con el mayor ahinco para levantar la iglesia de María Auxiliadora de los Padres Salesianos en Sarriá. En las calamidades públicas y privadas le hacía novenas con gran fervor. Puso una estatua de María Auxiliadora en el jardín de la casa

de las Hijas de María Auxiliadora, y nunca salía de ella sin rezarle tres avemarías. Si alguna vez se le olvidaba, volvía atrás a rezarlas. Siempre que podía no dejaba de visitar a Nuestra Señora de Lourdes, al ir a tomar las aguas.

27. Es verdad que tenía gran devoción a la preciosísima Sangre de Nuestro Señor, como lo demuestra el altar que mandó construir en la iglesia del Sagrado Corazón de la calle de Caspe.

28. Es verdad que después de María Santísima su devoción predilecta era la de San José, su castísimo Esposo y custodio de Jesús. Tenía gran confianza en su patrocinio, a él se encomendaba en las dificultades y obstáculos que surgían en sus fundaciones, lo invocaba con frecuencia y promovía con fervor su culto.

29. Es verdad que como consecuencia del espíritu de fe que la animaba tenía el corazón completamente despegado de las criaturas, de modo que no ejercían ningún influjo en su espíritu los honores, las riquezas y los placeres de esta tierra.

30. Es verdad que con el mayor interés y cariño enseñaba el catecismo a sus hijas, hacía que un sacerdote diese lecciones a la servidumbre de la casa y que su preocupación era que en los asilos y hospital por ella fundados se enseñara bien la doctrina y que el acto de la primera comunión revistiese toda la solemnidad posible. Hacía preceder este acto de unos días de ejercicios, siendo ella la primera en recibir la santa Comunión. Estos días eran para ella de sumo consuelo y devoción. Los niños que entraban en el Hospital del Sagrado Corazón y no habían hecho la primera Comunión y estaban en edad de hacerla, ya se sabía que no habían de salir de allí sin haber practicado este acto solemne; cuidaba que se les preparase bien y ella misma tomaba parte en estas instrucciones.

31. Es verdad que preocupaba grandemente a la Sierva de Dios la escasez de vocaciones al estado eclesiástico y apenas conoció la llamada obra de María Auxiliadora fundada por San Juan Bosco para fomentarlas, no paró hasta verla establecida

en Barcelona, siendo digno de consideración que muchas de las sirvientas que tuvo en su casa, edificadas con los ejemplos de virtud que en ella resplandecían, se sintieran llamadas al estado religioso.

32. Es verdad que desplegó su celo para aniquilar las escuelas protestantes en nuestro país. En la Barceloneta edificó unas escuelas enfrente de las protestantes, entregándolas a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, teniendo que retirarse aquéllos porque todos los niños se pasaron a la escuela católica. En la barriada de Gracia hizo igual.

33. Es verdad que experimentaba gran sentimiento pensando en el gran número de infieles que no conocen la luz del Evangelio, y por eso ayudaba cuanto podía la obra de los misioneros de América, África y Oceanía, dando limosnas para socorrer las misiones de Mindanao y entregando al Superior de las Misiones de Lyon el capital necesario con cuyos réditos se mantuviese perpetuamente un misionero.

ESPERANZA HEROICA

34. Es verdad que la Sierva de Dios poseyó también la virtud de la esperanza en grado heroico; estaba animada de la esperanza de agradar únicamente a Dios y ganar el Cielo. Lo prueba el hecho de que todas sus obras procuraba hacerlas en el mayor silencio, lo más escondidamente posible, tanto que alguna de ellas, como el Convento del Servicio Doméstico de la calle Consejo de Ciento, ni lo visitó siquiera, y el de las Madres Franciscanas de Pueblo Nuevo, nadie supo que ella lo costeara, porque no buscaba la aprobación de los hombres, sino la de Dios.

35. Es verdad que no se vio debilitársele su confianza en el Señor, en medio de los más grandes apuros pecuniarios en que se encontraba por efecto de las obras que emprendía, ni las

graves pérdidas que experimentó entre los miembros de su familia, ni en las dolorosas enfermedades que experimentó.

36. Es verdad que llena de esperanza en Dios y asistida por su director espiritual no experimentó nunca escrúpulos de conciencia. Resplandecía siempre en su rostro admirable serenidad, que era ciertamente reflejo de la de su alma.

37. Es verdad que la Sierva de Dios demostró extraordinaria confianza en la Divina Providencia. Cuando por efecto de los trastornos políticos se vieron gravemente amenazados de quiebra los negocios que llevaba su esposo, fueron tales las reflexiones piadosas que le hizo Dorotea y supo infundirle tal confianza en la Divina Providencia, que logró calmar las inquietudes de su espíritu afligido. Era sin límites la confianza que tenía en la Providencia de que nunca le faltaría la divina protección para sus asilos. Así que nunca la espantaba el aumento de niños que a ellos acudían. A veces se presentaban en tanto número que no cabían en las salas; preguntábale la Presidenta si había de recibirlos todos. Ella no respondía más que esta palabra: *todos*. Cuando se edificaba la sala del Asilo de San Rafael, siendo los fondos existentes insuficientes para cubrir los gastos, a los que querían disuadirla contestaba: *¿Nos ha faltado algo hasta ahora?* Casi siempre comenzaba nuevas obras sin que hubiese satisfecho los gastos de las viejas. Cuando le representaban las deudas decía: *Trabajemos y Dios proveerá*.

HEROICA CARIDAD HACIA DIOS

38. Es verdad que la Sierva de Dios fue también eminente en la caridad hacia el Señor. Indicio de este amor a Dios es el vivo dolor que hería su pecho cuando veía injuriada la infinita bondad de su Dios. Cuando llegaron a Barcelona las Religiosas Reparadoras ayudólas con su trabajo personal y su dinero a establecerse, siendo ella la Presidenta de la Adoración Repa-

radora dando con su celo y su ejemplo todo el impulso que se podía esperar.

39. Es verdad que con los golpes de la adversidad iba Dios labrando continuamente el alma de su Sierva, desarraigando de su corazón todo afecto que no fuese de Dios o del prójimo por el mismo Dios. Cuánto aprovechaba en ese camino se echa de ver en las inspiraciones con que la iluminaba el Cielo y en los propósitos que hacía de no buscar sino la gloria de Dios y practicar la mortificación: 1.º Prometo purificar mi intención en todas las cosas, no llevando otro fin que agradar a Dios. 2.º Pensaré a menudo en los inmensos beneficios que Dios me hace, particularmente el de la santa Comunión, a fin de avivar en mí los deseos que tengo de trabajar en su santa gloria. 3.º Procuraré hacerme indiferente a todas las cosas, tomándolo todo como venido de la mano de Dios, sin quejarme de sus divinas disposiciones en lo que contraríe mi voluntad. (Ejercicios del año 1887.)

40. Es verdad que manifestaba directamente su caridad con Dios en el trato que con Su Divina Majestad tenía en los ejercicios espirituales de oración y devoción, en recibir diariamente al Señor Sacramentado, en visitarlo todos los días en las iglesias en que estaba expuesto a la pública veneración, en promover el culto divino, propagar con gran empeño la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, proveyendo de imágenes y estatuas a las diversas asociaciones consagradas a su culto.

41. Es verdad que la Sierva de Dios practicaba todos los años los Ejercicios Espirituales, en cuyas resoluciones parece hallarse la raíz de su amor a Dios y al prójimo. Para hacerlos solía retirarse al colegio que las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús tienen en Sarriá, en donde completamente retirada del mundo y de los suyos atendía exclusivamente a su alma. De los propósitos y mociones de su alma que nos ha dejado escritos, y sobre todo del modo cómo los cumplía, colegimos cómo iba Dios guiando esta alma, elevándola hasta la cumbre de la san-

tividad. En los de 1880 establece un plan de mortificación para reparar sus ofensas a Dios. *Buscaré, dice en los de 1881, un rato todos los días para llorar mis pecados y le daré gracias porque me ha guardado hasta el presente.* En los 1883: *Miraré con indiferencia todo lo que no sea ofensa de Dios, amoldándome al gusto de los demás.* En 1878: *Mi primer cuidado será purificar mi intención en todos mis actos;* (1881) *haciéndolo todo para mayor gloria de Dios.* (1886) *Mirando antes de empezar alguna obra si es o no del agrado de Dios.* Y este propósito lo tenía tan metido en el alma que lo repite varios años: *Le pediré al Señor en todos los momentos me llene de su santo amor. Estaré enteramente indiferente a todo lo que Dios quiere de mí.* (1881) *Procuraré seguir al Señor lo más de cerca que pueda amándolo con todas mis fuerzas, haciendo todos los actos de caridad con el prójimo, sólo por su santo amor, trabajando en el alivio de los pobres cuanto mis fuerzas me lo permitan, sobre todo en el bien de las almas...* (1888) *Estaré enteramente indiferente para todo lo que Dios quiera de mí, tanto en la pobreza como en la riqueza; y si tengo esta última, la emplearé en hacer obras de caridad y para el culto, gastando en mi persona lo más preciso.*

HEROICA CARIDAD HACIA EL PRÓJIMO

42. Es verdad que la Sierva de Dios probó su extraordinario amor a Dios amando heroicamente al prójimo, a quien durante toda su vida procuró hacer bien tanto espiritual como temporal. Comprendía la excelencia del alma y la dicha de amar a Dios eternamente y esto arranca de su pecho aquella generosa exclamación nacida del intenso amor de Dios que arde en su pecho: *Por muy feliz me consideraría si pudiese traer os un alma que os amase por toda la eternidad.*

CARIDAD PRIVADA

43. Es verdad que la Sierva de Dios aunque en todas las virtudes fue un dechado perfecto, sobresalió en la práctica de la caridad, que es la reina de todas ellas. Habíanla acostumbrado sus cristianos padres a ejercitarla desde pequeña con un pobre anciano que habiendo estado en buena posición, había quedado completamente arruinado y lo habían recogido por caridad en la familia. Jamás en su vida olvidó esta lección. Comenzóla a ejercitar con las pobres religiosas del Convento de los Ángeles, durante los once años de la exclaustación. Habíanse reunido algunas que no tenían familia en casa del Capellán. Doña Dorotea les pasaba una pensión, hasta que por fin, tras vivas instancias de Doña Dorotea al general Concha, Gobernador de Barcelona, se les devolvió el convento, que había sido convertido en cárcel de mujeres.

44. Es verdad que los condenados a la última pena solían pasar por la calle en que vivía Dorotea. Apenas oía la lúgubre campana caía de rodillas, extendía los brazos en cruz y levantaba fervientes súplicas al Cielo a favor del criminal. Lo mismo enseñaba a hacer a sus tiernas hijas en cuanto estaban en disposición de saber lo que hacían.

45. Es verdad que a los pocos días de haber muerto su hija Carmelita llamó a una religiosa del Sagrado Corazón y le dijo: *Pues que el Señor ha dispuesto de mi hija, he adoptado en su lugar a los pobres y quiero dar a ellos todo lo que gastaría para ella, incluso su dote; si usted sabe de necesitados, hágamelos conocer.* La Religiosa le hizo conocer una porción de ellos y todos fueron socorridos largamente, sin que ninguno se retirase descontento. A unos pagaba el rescate de un quinto que debía ganar el pan para sus padres; a otros el alquiler de una casa; a una pobre impedida la mantuvo tres años con una caridad sin límites, sin olvidarse de ella ni cuando le ocurría tener que salir de viaje o tenía que ausentarse; en estos casos pagaba

una enfermera; y así con innumerables personas; y esto con la mayor humildad y sencillez.

46. Es verdad que al mismo piadoso y santo objeto aplicaba las cantidades que su esposo le entregaba ya para este fin ya para su uso personal, suplicando a su marido que siempre que quisiera obsequiarla con joyas, adornos, vestidos u objetos de lujo, le diese en metálico lo que pensaba gastar en aquellos regalos, pues con lo que a ella más le complacería sería dándole medios con que enjugar las lágrimas de los pobres y enfermos. Y estas ansias no eran un puro afecto humano de sensible compasión, sino que nacían de un acendrado afecto de pura caridad cristiana que mira en el hombre la imagen de Dios.

47. Es verdad que había dos muchachas desvalidas que tenían la cabeza toda cubierta de costras que despedían un hedor insufrible y daba asco mirarlas. La Sierva de Dios sacó a las dos niñas de la casa donde se albergaban, les proporcionó otra habitación y todos los días iba a curarles las costras con sus manos, tratando aquellas fétidas cabezas como si fueran objetos preciosos, y así que las curó las colocó en un colegio pagando ella la pensión, considerándolas como cosa suya. Cuando tuvieron edad para ello colocó a la una de sirvienta y a la otra que era endeble y enfermiza le señaló una pensión con que pudiera vivir honestamente.

48. Es verdad que edificaba grandemente el modo cómo ejercía la caridad. Muchas veces disimuladamente dejaba su óbolo en algún puesto en que lo hallasen cuando hubiese salido de la casa. Esto hacía con personas caídas de una posición elevada. A cierta señora que se halló en este caso, después de muerta le hizo aplicar un buen número de misas, porque sospechó que no habría quien las hiciera celebrar.

49. Es verdad que el fin que se proponía al socorrer a los pobres era, en primer término, el provecho espiritual de los mismos y en segundo lugar el socorro y alivio de sus necesidades corporales. Por esto tenía sumo cuidado de que al agravarse la

enfermedad, se administran los Santos Sacramentos al enfermo, con oportunidad, no esperando que perdiese el uso de los sentidos. Exhortábalos a la paciencia y resignación descubriéndoles los tesoros que están encerrados en las enfermedades del cuerpo cuando se sobrellevan con resignación cristiana. Iguales lecciones daba a los atribulados que habían sido víctimas de un cambio de fortuna o de alguna injusticia real o imaginaria.

50. Es verdad que además de la limosna que distribuía a los enfermos edificábalos con admirables ejemplos de caridad y humildad. Ella en persona los servía en sus necesidades, los aseaba, les hacía la cama, les limpiaba y vendaba las llagas, sin mostrar asco de su asquerosidad, barría la casa, ponía en orden los muebles, encargando encarecidamente a los enfermos que no dijese nada.

51. Es verdad que la Sierva de Dios acudía allá donde hubiese una necesidad que socorrer. Así sucedió en la última guerra civil (1872-76). Partíasele el corazón de pena al ver pelear hermanos contra hermanos. Concibió al idea de crear un centro de socorro para heridos, con el fin de poderles prodigar los consuelos del alma y del cuerpo de que tan necesitados estaban. En su casa madre e hijas se ocupaban en hacer hilas para enviarlas a los hospitales militares, sin distinción de partidos.

52. Es verdad que en 1873 hallándose la Sierva de Dios en Tolosa de Francia con una de sus hijas, vio pasar por la calle un pobre enfermo con las piernas cubiertas de asquerosas llagas, sentado en un carrito que le servía para ir mendigando; lo llevó a su casa, descubrió sus llagas, se las lavó, envolviéndoselas de nuevo, y le despidió con una buena limosna, diciéndole que volviera al día siguiente. Y así siguió curándole mientras permaneció en aquella ciudad.

53. Es verdad que solía todos los veranos salir a pasar las épocas de los fuertes calores a algún pueblo de fuera de Barcelona y esto no por comodidad y regalo, sino por necesidad o por prescripción facultativa o para acompañar a alguna de sus hijas

o nietas, que por su delicada salud lo necesitasen. A los pocos días de haber llegado por vez primera a un lugar, estaba enterada de todas las necesidades de sus habitantes y abrió sus manos para remediarlas con gran largueza y liberalidad. Cuán agradecidos quedaban aquellos pobres lo publicaban las lágrimas que derramaban cuando ella marchaba y las ardientes frases con que encarecían su amor a los pobres y necesitados.

54. Es verdad que a sus hijas inculcaba esta misma caridad, diciéndoles: *Si queréis recibir mucho de Dios, dadle mucho a Él en la persona de sus pobres*. Y hablando con sus amigas les decía las palabras del Evangelio que sabía bien de memoria y repetía con frecuencia y se cumplían en ella al pie de la letra: *Date et dabitur vobis*.

55. Es verdad que habiéndose presentado una enfermedad contagiosa en el colegio de las Hijas de María Auxiliadora, fundado por ella, y habiendo indicado el médico la conveniencia de que se despidiese a las niñas y no teniendo la mayoría de éstas donde cobijarse por ser huérfanas, la Sierva de Dios puso a disposición de las Religiosas su torre de Sarriá con todo lo que en ella había: muebles, ropa blanca..., evitando así el peligro del contagio.

56. Es verdad que mientras se estaba edificando el albergue de San Antonio, careciendo de dinero para pagar a los trabajadores, envió la Superiora una Hermana a casa de Doña Dorotea, quien en el acto le entregó quince mil pesetas, como quien da un puñado de céntimos. Al ver la Hermana tal desprendimiento y que más parecía recibir Doña Dorotea un favor que no la Hermana, enterneciósela hasta derramar lágrimas. Ella con gran serenidad díjole: *Sosíéguese, Hermana; esto es lo que tenemos que hacer los ricos, que para ello nos ha dado Dios el dinero*.

57. Es verdad que para la Sierva de Dios no había extraños; el amor que profesaba a los demás, especialmente a los pobres y desvalidos, era verdaderamente amor de madre. Todos

los que tuvieron la dicha de ser socorridos no saben calificar con otro título que el de maternal el cariño con que por ella eran amados. Dorotea amaba a Dios por sí mismo y al prójimo por Dios y para Dios. Por Dios porque el motivo que la impelía a amarlo era la voluntad de Dios. Para Dios porque el fin que se proponía en el ejercicio de su caridad y en sus obras de misericordia, tanto espiritual como corporal, era hacer que Dios fuese conocido, amado y servido. Los ejemplos aducidos no son nada en comparación de los innumerables que practicó.

58. Es verdad que con ser tan grandes las limosnas que hacía para obras benéficas la Sierva de Dios, eran mucho mayores las que daba ocultamente a pobres vergonzantes u otra clase de necesitados, de modo que parecía que Dios multiplicaba milagrosamente los dineros en sus manos. A un Padre que la reprendía porque daba tanto, le contestó: *Desde que murió mi esposo he dado tantos miles de duros (y dijo una cifra enorme) y tengo exactamente igual que el día que murió.*

HEROICA CARIDAD PÚBLICA

59. Es verdad que para comprender las obras que vamos a enumerar es necesario tener ante los ojos el campo que se ofrecía a la caridad de la Sierva de Dios. Las necesidades espirituales habían aumentado prodigiosamente en la ciudad de Barcelona. La impiedad había infundido en el corazón del hombre el más refinado egoísmo y una sed devoradora de bienes materiales. Niños abandonados, huérfanos sin protección, adultos sin instrucción religiosa y sin medios para la subsistencia, doncellas en inminente peligro de perder la honestidad, padres de familia imposibilitados de dar sustento e instrucción a sus hijos. A ninguna de estas necesidades ha faltado una institución religiosa suscitada por Dios, pero estas instituciones necesitaban apoyo y Dios suscitó a Dorotea dotada de buena voluntad y de

abundantes recursos materiales. Ésta fue la misión providencial de esta Sierva de Dios.

60. Es verdad que meditando las palabras del Apóstol: *Filioli mei non diligamus verbo neque lingua sed opere, et veritate*, escribía la Sierva de Dios en sus Ejercicios de 1880: *He sido la más ingrata de todas las criaturas con Vos, Señor. ¿Qué pueda yo volver por tanta bondad? Nada tengo, nada soy; pero ayudada de vuestra divina gracia quiero trabajar en bien del prójimo con todo lo que mis fuerzas me permitan.* Y en los de 1883: *Me entregaré enteramente a trabajar en la salvación de las almas por medio de las escuelas, las que procuraré, en lo que mis fuerzas alcancen, extender todo lo posible.* Y en los de 1889: *Me dedicaré a las obras de caridad que tengo empezadas, siendo la principal de todas el procurar recoger niños y más si son huérfanos.*

61. Es verdad que el espíritu de caridad que dominaba en la Sierva de Dios ofrecía estas dos características: Primero, cierta universalidad de acción con que se entregaba a toda obra que tendiese al bien corporal o espiritual de sus semejantes. El segundo, la energía y eficacia con que abarcaba cada obra como si se ocupara exclusivamente de ella sola. Así funda escuelas dominicales, colegios de primera enseñanza, asilos, hospitales... Su influjo llega hasta el otro lado de los mares: atiende a las necesidades de Talca en Chile; protege las misiones de África; envía socorros a las iglesias de Orán, a las misiones de Mindanao, a los Santos Lugares; en suma, con ser uno su espíritu, es a la vez multiforme y se adapta a todas las maneras particulares de ejercitar la caridad sin perder nada de su vigor, eficacia y energía.

62. Es verdad que aumentaba con el trabajo personal, con la inteligencia y con la economía los capitales que destinaba a sus obras de caridad. Creía un deber suyo dar con largueza los bienes con que el Cielo la enriquecía mayormente desde que conoció ser voluntad de su esposo, próximo a la muerte, que de

los cuantiosos caudales por él dejados empleara en obras de beneficencia lo más que le fuera posible. La noticia de una necesidad bastaba para que la remediase. No pocas veces se anticipaba ella, en especial cuando entendía que por delicadeza no se la manifestaban las personas puestas en necesidad. Aunque era tan larga en dar, vigilaba para que no la engañasen o que abusaran de su buen corazón. No obstante, el dinero, con ser tanto, era la menor de sus dádivas: lo principal era su trabajo, su tiempo, su salud y su corazón, pues veía en cada pobre al mismo Jesucristo en persona.

63. Es verdad que la Sierva de Dios, después de la muerte de su marido, comenzó las grandes obras de caridad, que podríamos llamar sociales, que enumeraremos solamente. En 1860 fundó la primera *Sala de Asilo*, en Barcelona, en la calle de la Luna, cuando aún vivían su marido y su suegro, quien oyéndole decir un día que si tuviese 500 duros salvaría a los hijos de los obreros, se los dio inmediatamente y con ellos abrió una suscripción que dio por resultado la fundación de la primera Sala, que se trasladó después a la calle de Aldana, en donde después de sesenta años, reciben diariamente instrucción, educación y comida gratuitamente más de quinientos niños pobres a quienes sus madres confían por la mañana a las Hermanas de la Caridad, yéndolos a buscar luego por la noche al volver del trabajo. Más tarde, en 1882, se fundó otra en la calle Roger de Flor y en ella Doña Dorotea mandó levantar un piso para poder contener los trescientos niños que aún hoy asisten. En ese mismo año se fundó otra Sala en la Barceloneta en unos terrenos cedidos por el Marqués de la Cuadra, donde Doña Dorotea levantó una grande y hermosa iglesia, después de dejar alguna renta para alimentar los quinientos niños, que aún hoy allí comen todos los días.

64. Es verdad que las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús vinieron a España tras las repetidas instancias de la Sierva de Dios, fundando el primer colegio en viniendo de Fran

cia la M. Teresa Serra, cuñada de Doña Dorotea. Se edificó en terreno de la familia Serra y con grandes cantidades que continuamente daba Doña Dorotea, especialmente para la escuela de niños pobres.

65. Es verdad que el año 1870 don José Morgades y Gili fundó en Las Corts de Sarriá el Asilo del *Buen Consejo* para jóvenes extraviadas. Acabados los recursos se recurrió a Doña Dorotea, quien inmediatamente se interesó por la obra, mandando construir por su cuenta un brazo de edificio, contribuyendo abundantemente a la construcción de la capilla, manteniendo un cierto número de jóvenes y no parando hasta dar al edificio doble cabida de la que tenía.

66. Es verdad que la Sierva de Dios en el año 1875 hizo construir un ala de edificio en el Colegio de San Vicente de Paúl que las Hijas de la Caridad poseen en la calle Carolinas, para niñas pobres y abandonadas, ayudándolas también a construir su iglesia.

67. Es verdad que la Sierva de Dios agrandó notablemente el Obrador de la *Sagrada Familia* situado en la calle Urgel, 262, con nuevas construcciones y algunas rentas para dar comida a las niñas pobres externas durante el invierno, no dejando de favorecerlo en vida con continuas limosnas.

68. Es verdad que la Sierva de Dios ayudó a las Madres Reparadoras a buscar el convento que tienen en la calle de Caspe, entregando cuarenta mil pesetas para adquirirlo. Las religiosas, agradecidas a su bienhechora, le reservaron una tribuna y se edificaban del fervor con que iba cada día a adorar al Santísimo Sacramento del Altar.

69. Es verdad que la Sierva de Dios, para que los Padres Salesianos se establecieran en Barcelona, compró por cien mil pesetas la Torre de Prats, en Sarriá, siendo la principal bienhechora que ayudó las grandes y nuevas construcciones que surgieron: Escuelas de Artes y Oficios para jóvenes obreros, Colegio del Santo Ángel para niños pobres y adultos con voca-

ción al estado eclesiástico y la iglesia. Para todas estas fundaciones trató personalmente con San Juan Bosco, que tenía a la caritativa señora en gran aprecio, y luego con su sucesor, el Siervo de Dios Miguel Rúa.

70. Es verdad que en el año 1883, cuando más ocupada estaba la Sierva de Dios con la fundación de los Salesianos, se le presentaron unas señoras para exponerle el proyecto de fundar un hospital para los pobres. Entusiasmóse con la idea, no bajando de medio millón de pesetas lo que empleó en esta obra, que se llamó Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Allí llevaba a sus pobres que había ido buscando en sus casas, para curarlos, consolarlos y servirlos, pues en ellos veía siempre la persona de Jesucristo.

71. Es verdad que frente a este hospital había unas casas habitadas por mujeres de vida airada; al saberlo Doña Dorotea las compró y entregó a los Hermanos de las Escuelas Cristianas para que las convirtieran en colegio, en donde aún hoy continúan educando gratuitamente más de trescientos niños pobres de la barriada de Las Corts, con gran provecho de sus almas.

72. Es verdad que la Sierva de Dios fue a pasar el verano a Puigcerdá para acompañar a su hija Isabel. Allí habíase comenzado a construir un convento de Carmelitas Descalzas, pero estaban interrumpidas las obras por falta de recursos. Al punto dio veinte mil pesetas que era la suma que se necesitaba para terminarlo.

73. Es verdad que la Sierva de Dios, a instancias de su cuñada, la Madre Teresa Serra, Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús, obtuvo de San Juan Bosco una fundación en Talca de Chile, habiendo enviado mil pesos para encabezar una suscripción para este objeto. Después fundó allí mismo una escuela dominical y otra en el Cerro Colorado.

74. Es verdad que al venir a Barcelona la Madre Vicenta María Vicuña, fundadora del Instituto de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, la Sierva de Dios alquiló un piso

en la calle Condal y lo amuebló por su cuenta; pero como al poco tiempo las muchachas no cupieran ya en el piso, se pensó en construir una casa mayor. Para la adquisición del solar en la calle Consejo de Ciento, dio la Sierva de Dios cincuenta mil pesetas y no pudiéndose comenzar el edificio por falta de recursos, ella misma se comprometió a dar cinco mil pesetas todos los meses por espacio de un año, y por espacio de otro siete mil quinientas mensuales con la condición de que no se dijera nada a nadie. Murió Doña Dorotea sin ver terminada su obra, pero sus hijas acabaron lo que su santa madre había comenzado.

75. Es verdad que en el año 1890 llevó a cabo la fundación salesiana de la calle Floridablanca, en la barriada necesitadísima de Hostafranchs, a donde habían de pasar, para recibir educación e instrucción gratuita, al llegar a la edad de siete años, los niños acogidos en la Sala de Asilo de Aldana. Esta fundación ha prosperado grandemente con progresivos ensanches y hoy hace un bien incalculable.

76. Es verdad que la Sierva de Dios supo en el 1889 que los protestantes habían abierto un colegio en la Barceloneta e inmediatamente compró un terreno enfrente, construyó un colegio y lo entregó a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los protestantes tuvieron que retirarse luego por falta de alumnos y los Hermanos, después de cerca de cuarenta años, continúan con más de cuatrocientos niños.

77. Es verdad que en el mismo año fundó otro en Pueblo Seco, junto a Santa Madrona, con objeto de continuar la educación de los niños de las Salas de Asilo.

78. Es verdad que en el 1891 hizo lo mismo en Gracia. Ya había comprado el terreno cuando voló al Cielo a recibir el premio de tanta caridad y sus hijas acabaron lo que su santa madre había comenzado, levantando el edificio y señalando la renta necesaria. Centenares de niños continúan educándose allí.

79. Es verdad que el párroco de Rubí, población no distante de Barcelona, deseaba fundar una escuela parroquial, pero falto

de recursos la pidió y obtuvo en seguida de Doña Dorotea. Entre tantas fundaciones que hizo o en que intervino ésta es la única que no ha perseverado hasta nuestros días.

80. Es verdad que cuando San Juan Bosco estuvo en Barcelona en 1886 dijo que era voluntad de la Santísima Virgen que se establecieran las Hijas de María Auxiliadora en una hermosa torre que había junto a los Talleres Salesianos. Se presentaron dificultades que parecían insuperables. Con todo, al cumplirse el año de las palabras de Don Bosco, es decir, a primeros de Mayo de 1887, estaba todo solucionado para la fundación. La Sierva de Dios había hecho hacia poco la distribución de los bienes entre sus hijas, reservándose, además del usufructo, la cantidad de setenta mil pesetas para un caso extremo. Cuando se le dijo que el coste de la nueva fundación era precisamente setenta mil pesetas, se conmovió y exclamó: *Dios quiere que sea verdaderamente pobre*; comprando en seguida la mencionada finca y casa que entregó a las Hijas de María Auxiliadora.

81. Es verdad que la Sierva de Dios con sus limosnas levantó un cuerpo de edificio en las Hermanitas de los Pobres de la calle Borrell, albergando en esa parte, costeada casi exclusivamente por ella, unas setenta ancianitas.

82. Es verdad que visitando la Sierva de Dios a una antigua sirvienta suya religiosa en el Convento de Carmelitas de la Encarnación, de Zaragoza, vio que el edificio necesitaba una seria reforma, y careciendo el convento de medios, ella entregó la cantidad necesaria, que eran cuarenta y cinco mil pesetas.

83. Es verdad que un piadoso médico de Barcelona fundó el Albergue de San Antonio para recoger niñas abandonadas y dar comida a los pobres. Acabóse el dinero al llegar al primer piso. Súpolo la Sierva de Dios, acudiendo en seguida sin ser llamada. Pidió el presupuesto para acabar los dos pisos que faltaban y dio las cuarenta mil pesetas que se necesitaban para ello.

84. Es verdad que no queriendo la Sierva de Dios que la

populosa barriada de Pueblo Nuevo careciera del beneficio de la instrucción religiosa, dio cincuenta mil pesetas a las Religiosas Franciscanas para que construyesen un colegio en la Rambla del Triunfo.

85. Es verdad que habiendo sabido la Sierva de Dios que en un barrio de pescadores, distante media hora de la población de Palafrugell, de donde era oriundo su esposo, casi nadie iba a misa por falta de iglesia, mandó construir una muy capaz y hermosa, con casa para el señor Cura y además fundó un beneficio eclesiástico, que el señor Obispo de Gerona dio al sacerdote Don Narciso Molla.

86. Es verdad que cuando los PP. Jesuítas comenzaron a levantar la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en los terrenos detrás de la casa de la Sierva de Dios, contribuyó con 150.000 pesetas.

87. Es verdad que la Sierva de Dios había ayudado mucho al Padre Menni, en la fundación del Asilo de San Juan de Dios, en las Corts, para niños escrufulosos. Más tarde, ella sola fundó otro para niñas. Compró una torre que había servido de Convento a las Carmelitas de la Encarnación y en su huerta mandó construir un edificio capaz para más de 150 niñas. Tampoco pudo terminar esta obra, pero lo hicieron sus hijas en memoria de su madre.

PRUDENCIA HEROICA

88. Es verdad que la Sierva de Dios practicó también la virtud de la prudencia en grado extraordinario. Ella supo en medio del mundo, en salud y en la enfermedad y en el ejercicio de sus obras de caridad dirigir todas sus acciones a la consecución de la vida eterna, último fin del hombre.

89. Es verdad que siempre que la Sierva de Dios daba su parecer o consejo sobre alguna cosa, lo hacía con mucha suavi-

dad, y si éste no se seguía se la veía tan tranquila, como cuando se ponían en práctica sus indicaciones; sin imponerse nunca en las cosas más mínimas, sino siempre dejando entera libertad.

90. Es verdad que la Superiora de una casa Religiosa, que en sus apuros y dificultades solía consultar con Dorotea, asegura que le salía a pedir de boca todo lo que ejecutaba con el consejo de la dicha señora y añade: Tenía una prudencia como pocas veces se encuentra en las personas del mundo, aun las más piadosas.

91. Es verdad que como solícita madre ejercía suma vigilancia sobre sus hijas cuando estaban en relaciones para el matrimonio; jamás permitió que se viesen o hablasen a solas, sino siempre delante de alguna persona de autoridad que ordinariamente era ella misma. Las relaciones quería que durasen poco tiempo, esto es, el precisamente necesario para poderse conocer a fondo las dos personas que debían unirse con lazo perpetuo e indisoluble. Las visitas procuraba también que no fuesen ni largas ni frecuentes. Igual era su desvelo cuando algún profesor iba a dar lecciones a sus hijas en su propia casa. Todo el tiempo que duraba la lección estaba presente ella, para ser testigo de todas las palabras que se decían; con lo que impedía suavemente, pero con gran eficacia, todo peligro.

92. Es verdad que esta virtud no se limitaba en la Sierva de Dios a los negocios temporales, sino también a los espirituales, pues poseía un gran conocimiento de la vida espiritual y hablaba de ella como lo hubiera hecho una religiosa muy ilustrada y de grande espíritu.

93. Es verdad que resplandecía la prudencia en las obras materiales que emprendía, examinando por sí misma los materiales, rechazándolos si no eran buenos, no consintiendo se hicieran más gastos que los aprobados; que examinaba cuidadosamente las cuentas que se le presentaban, parándose en las partidas más insignificantes y repasando las sumas.

94. Es cierto que fue cualidad característica de la Sierva

de Dios, la madura reflexión en el obrar. Nunca se vio en ella, ni siquiera en la juventud, ni ligereza, ni precipitación, ni prisas; sino al contrario obraba con mucha reflexión; especialmente tratándose de cosas importantes, no sólo procuraba conocer claramente lo que le convenía hacer, sino que rogaba para que Dios la iluminara y se aconsejaba con personas experimentadas. Usaba esta prudencia particularmente en sus relaciones sociales, y en las fundaciones y obras de caridad que llevaba a cabo.

95. Es cierto que era prudentísima en el hablar y escribir. Era atentísima en las conversaciones y sus palabras no eran ni ligeras ni demasiado serias, sino llenas de pensamientos sensatos. Debiendo escribir sobre cosas graves y delicadas, hacía lo siempre con tacto y reflexión, con sencillez y claridad, no saliéndose nunca de los justos límites, consintiendo o negando según los casos, pero sin excederse nunca en la expresión, sin faltar nunca al debido respeto.

96. Es cierto que no sólo en las cosas de su alma, sino hasta en las mismas temporales, no confió nunca en sí misma, sino que se remitió siempre al juicio de su director espiritual, del cual dejábase dirigir en todo y por todo como lo prueba el hecho de que, según se desprende de una conversación tenida entre la Sierva de Dios y una religiosa del Sagrado Corazón, deseaba abrazar una vida de mayor recogimiento, no haciéndolo por no permitirselo aquel. Y entre sus propósitos de Ejercicios se lee: "A fin de que el día del Juicio no tenga que arrepentirme de las cosas que haya hecho, tendré un particular cuidado en guiarme siempre por los avisos de mi confesor." Se desprende también del hecho que estando en el año 1883 tomando aguas en Lamelón escribió la siguiente carta a su confesor: "Tengo muchos deseos a mi regreso de ir a visitar la Santísima Virgen de Lourdes, pero temo hacer un gasto superfluo. Son unas catorce horas en ferrocarril, descansando un día para ver a nuestra buena Madre. Deseo, pues, me dé su consejo sobre el particular

a fin de quedar tranquila al emprender el viaje o dejarlo de hacer; pudiendo asegurar a usted que cualquiera que sea su contestación, me quedará contenta, por pensar que es la voluntad de Dios lo que usted diga.”

FORTALEZA HEROICA

97. Es cierto que la Sierva de Dios poseyó en grado heroico la virtud de la fortaleza, demostrándolo en los dolores físicos y morales y en las adversidades, en las cuales, ayudada por la divina gracia, lejos de abatirse, todo lo sufrió con resignación y tranquilidad de espíritu.

98. Es cierto que la Sierva de Dios demostró poseer la virtud de la fortaleza frente a las críticas y discusiones que de sus continuas obras de caridad, hacían personas poco escrupulosas y poco amantes del bien del prójimo, excusándolos con delicadeza.

99. Es verdad que la Sierva de Dios sufrió sus enfermedades y contrariedades con una *resignación* admirable que bien a las claras daba a entender que no buscaba otra cosa que cumplir en todo la voluntad de Dios; como cuando en París se le dislocó una rodilla que la obligó a guardar varios días de cama; como cuando la muerte arrebató a su hija Carmelita de 16 años; como cuando para curarse fue a París teniendo que estar inmovilizada en un lecho durante tres meses, llagándosele los codos, pero sin proferir nunca la menor queja, antes al contrario olvidando los propios males, andaba solícita de los ajenos ya dando a entender que no eran tan violentos como creían, ya consolando a todos con piadosas reflexiones.

JUSTICIA HEROICA

100. Es verdad que por heroico sentimiento de justicia la Sierva de Dios le tributó culto perfectísimo, manifestado en continuos actos de religión y piedad; extendiendo esta justicia heroica a todos los actos de su vida, pues su regla constante fue el amor de Dios y glorificarle buscando almas que le glorificaran también.

101. Es verdad que la justicia heroica de la Sierva de Dios se manifestaba en el respeto y veneración que tenía en el Templo, en el recogimiento con que hacía la oración, en el encendido fervor con que recibía a Jesús Sacramentado.

102. Es verdad que desde joven recibía diariamente la Sagrada comunión y tenía oración mental, practicando rigores y asperezas corporales con instrumentos de penitencia .

103. Es verdad que guiada de ese espíritu de justicia fue la Sierva de Dios en todo tiempo un modelo de sumisión, profesando gran veneración a la autoridad de la Iglesia, y a los confesores, a quienes consideraba como representantes de Dios.

104. Es verdad que guiada de su justicia heroica cuidaba con exquisita diligencia de la salud y bienestar de su marido, de sus hijas y de todas las demás personas que constituían la familia. Este cuidado amoroso se extendía a los niños y niñas asilados en sus colegios u hospitales para que todos pudieran contribuir a la gloria de Dios.

105. Es verdad que la Sierva de Dios con este espíritu de heroica justicia cumplió exactísimamente sus deberes de hija, de esposa, de madre cariñosa. No fue menos exacta en el cumplir los deberes que le imponía la sociedad, siempre que pudieran redundar en bien para las almas y a la gloria de Dios.

106. Es verdad que Doña Dorotea no causó daño a nadie; fue diligentísima en conservar la fama de todos guardando heroico silencio cuando el hablar, aunque fuera en defensa propia, podía ceder en menosprecio de alguna persona.

TEMPLANZA HEROICA

107. Es verdad que la Sierva de Dios se distinguió por su extraordinaria templanza, huyendo no sólo de lo que tuviera apariencia de mal, sino privándose de muchas satisfacciones lícitas, que por su posición y riqueza podía proporcionarse, empleando en cuantiosas limosnas el dinero que ahorraba en vestir con modestia y privarse de reuniones, teatros y otros espectáculos.

108. Es verdad que aun en su juventud y en los años de matrimonio, hizo varias penitencias y mortificaciones; que era parca en el comer y beber, abominando del regalo en la calidad de los manjares; que en el adorno del cuerpo era enemiga del lujo. Antes de enviudar estaba en esto rendida a la voluntad de su esposo; pero muerto éste, vistió tan pobremente, que de las prendas más necesarias para su uso tenían que proveerla sus hijas.

109. Es verdad que la Sierva de Dios fue sumamente paciente en las múltiples contradicciones de su vida; que edificaba a todos, y cuando tenía que reprender o airarse justamente, lo hacía con tal moderación, con tan santo y suave celo que demostraba hacerlo por caridad.

110. Es verdad que esa moderación y heroica templanza la hicieron objeto de admiración de todos cuantos la trataron en las diversas épocas de su vida y en los diversos estados en que vivió, edificados de la mansedumbre, paz, sosiego y dominio de sus pasiones, fruto todo ello de su heroica templanza.

111. Es verdad que entre los propósitos que hizo en los Ejercicios Espirituales de 1881 se encuentra éste: *Amaré la pobreza que tanto amó el Señor; y ya que no la tenga en realidad, procuraré que mi espíritu se desprenda de todo lo de este mundo por amor de Dios.* Y en los de 1890 escribía: *En vista de la grandísima pobreza que Nuestro señor Jesucristo tuvo al nacer, procuraré tener sumo cuidado en no gastar en mi persona*

más de lo preciso e indispensable para presentarme como corresponde a mi estado.

112. Es verdad que cuando iba de visita a las casas religiosas hablaba con entusiasmo y cariño de la pobreza religiosa y que si alguna atención admitía había de ser en la forma y modo de pobreza que ellas usaban, siendo hacia el fin de su vida tal el espíritu de pobreza que se observó en ella, que una religiosa de su íntima confianza aseguraba que tenía fundadas sospechas para creer que había hecho voto de ella. Hiciéralo o no, es indudable que vivía con igual desprendimiento de las cosas de este mundo y aun con falta de las más precisas, cual suelen vivir los que profesan vida religiosa.

113. Es verdad que no desperdiciaba ni las cosas más insignificantes de las que se pudiera sacar utilidad y habiéndosele en una ocasión reprochado el tiempo que empleaba en remendar un trapo viejo de cocina, respondió la Sierva de Dios: *Es preciso aprovecharlo todo. Pienso que Dios me pediría cuenta si yo despreciara por inútil este trapo.*

114. Es verdad que estaba totalmente desprendida de los bienes de este mundo, en especial de las riquezas que con abundancia poseía, hasta no llegar a tomar de ellas más que lo puramente necesario para su decorosa subsistencia y decente trato de su persona, repartiendo liberalmente a los pobres y empleando en obras del divino servicio las cuantiosas sumas de que podía disponer.

115. Es verdad que supo un día la Sierva de Dios que en el quinto piso de una mísera casa yacía en cama una pobre mujer, cubierta de llagas asquerosas, que ella no se podía curar, ni tenía quien se las curase. Al saberlo Dorotea se constituyó en enfermera, sin saber que en uno de los pisos de aquella casa había gente de mal vivir. Al avisarle su marido quedó agradablemente sorprendido al ver su espanto, indicio de su inocencia, no cansándose de dar gracias a Dios por haberle concedido una mujer tan santa.

HUMILDAD Y OTRAS VIRTUDES HEROICAS

116. Es verdad que la virtud de la humildad es una de las más características de la Sierva de Dios, ejercitándola desde joven, con la práctica de los oficios más humildes en que se ocupaban los criados y sirvientas, como fregar los pocillos en la cocina, ayudar a hacer la colada y tender la ropa y otras cosas semejantes, yendo en esto y en todo lo demás, delante de todos, animando con su ejemplo a las personas que en su casa la servían. Ella misma cortaba y cosía los vestidos para sus hijas y reparaba los viejos cuando era necesario, acostumbrándolas con su ejemplo a ser económicas y laboriosas a la vez. Y que en estos ejercicios de humildad no buscaba la admiración de los que la rodeaban, sino puramente adornar su alma con tan preciosa como difícil virtud, lo prueba el cuidado que tuvo en ocultar a los ojos de los hombres los actos que practicaba, no queriendo tener otro testigo de ellos que Dios.

117. Es verdad que practicaba rigores y asperezas corporales con sumo secreto; mas no pudo siempre ser tanto que no se trasluciese por defuera y aun se le descubrieran los instrumentos de penitencia .

118. Es verdad que las Salas de Asilo estaban regidas por una Junta de Señoras, cuya presidencia tocaba de derecho a la Sierva de Dios; no obstante ella procuraba cederla a otra señora, ya porque su humildad no podía sufrir aquella sombra de honor, ya para quedar más desocupada y poderse emplear en otras obras de beneficencia.

119. Es verdad que cuando visitaba las casas benéficas por ella fundadas o simplemente favorecidas con sus limosnas, desempeñaba los oficios más humildes, arreglaba las camas, limpiaba los enfermos, barría el suelo como si fuese una pobre sirvienta.

120. Es verdad que en medio de sus grandes obras de celo y el fruto que producían, la Sierva de Dios se tenía por cosa

inútil y según la propia frase *por una pobre vieja que no servía para nada*, admirándose que hubiese en el mundo persona que se acordase de ella.

121. Es verdad que la Sierva de Dios procuraba esconder sus grandes obras de caridad no sólo a los extraños, sino a veces a los mismos de su familia, como sucedió con la Escuela que en Pueblo Nuevo construyó para las Hermanas Terciarias de San Francisco, de la que nada habló ni a sus hijas, quienes habiéndola interrogado en cierta ocasión sobre aquella obra, respondió: *Tengo entendido que la costea una caritativa señora*. Si yo —dice su hija— no supiera por otro conducto que la tal señora caritativa era mi madre, jamás lo llegara a sospechar de sus palabras. Igual cosa sucedió con el Colegio de María Inmaculada para el Servicio doméstico que jamás pudieron lograr las buenas religiosas que fuera a verlo a pesar de costear casi por entero aquellas obras .

122. Es verdad que no sufría la Sierva de Dios que le agradecieran los beneficios que hacía y que deseaba que su director la corrigiese con mano fuerte y que Dios castigase con rigor las que ella calificaba de faltas.

123. Es verdad que asistiendo en cierta ocasión a un pobre enfermo y teniéndosele que administrar el Santo Viático, no estaba limpia la habitación y Dorotea la limpió y fregó ella misma el suelo. En otra ocasión hallándose en un pueblo en la festividad del Corpus y teniendo que pasar la procesión por delante de la casa en que se hospedaba, cerca de la cual había un gran montón de escombros y no habiéndolo quitado quien debía, ella con sus hijas, armadas de azadones y espuelas, limpiaron la calle por donde debía pasar Su Divina Majestad.

124. Es verdad que la paciencia de la Sierva de Dios fue verdaderamente admirable, dando grandes ejemplos en sus enfermedades, y en las de los suyos, que no fueron pocas en tan largo tiempo como vivió rodeada de una familia tan numerosa como la suya. Siendo así que padecía ella sola todas las penas

de cada una de sus hijas, de cada nieto y biznieto, según era de intenso el cariño que les profesaba; nunca desmayó, nunca levantó la mano de las grandes obras de celo en que andaba metida.

125. Es verdad que el Señor dotó a su Sierva de una *abnegación* de sí misma tan absoluta, que llegó Dorotea al sublime grado de renunciar aun a los aumentos de su propia glorificación en el Cielo que juzgaba adquiriría empleando los postreros años de su vida en su propia santificación, según consta de los escritos de sus Ejercicios Espirituales del año 1890; y la única razón que le movió a esta renuncia fue la mayor gloria que podía y esperaba dar a Dios trabajando y sacrificándose por el bien de los prójimos.

126. Es verdad que nunca se vio ociosa a la Sierva de Dios; ocupándose en casa en las faenas domésticas o en trabajos para los niños o niñas de sus asilos o para sus pobres; en el mismo lecho de la enfermedad, por poco que esta se lo consintiese y cuando iba de viaje no dejaba de sus manos la labor; constituyendo esta actividad asombrosa una de las características de la Sierva de Dios.

DE SU PRECIOSA MUERTE

127. Es verdad que al llegar al año 1891, la Sierva de Dios dispuso todas las cosas temporales y espirituales como si tuviera el presentimiento de su cercana muerte, ya procurando asegurarse sufragios para su alma y arreglando los depósitos, producto de ahorros, ya dando prisas para que se emprendiera la construcción de la Iglesia de María Auxiliadora, en los Salesianos de Sarriá.

128. Es verdad que el Jueves Santo de aquel año, 24 de Marzo, sintióse ligeramente indispuesta; no obstante el día siguiente Viernes Santo a las 6 de la mañana ya estaba en la

capilla de María Reparadora sentada junto a la mesa petitoria; por la tarde llegóse a los Padres Salesianos de Sarriá para ver los planos de la Iglesia antes citada y por la noche asistió con algunas de sus hijas a la función de las siete palabras en la capilla del Sagrado Corazón; el sábado por la tarde se confesó en la Iglesia de los Padres Jesuitas con la intención de hacer el día siguiente la comunión pascual, pero por la noche se puso mal agravándose durante el día hasta temerse por su vida. Al darle a ella la noticia de la gravedad no se perturbó, sino exclamó: *Alabado sea Dios*, y así que se le comunicó que se le iba a administrar el Santo Viático, no suspiró por otra cosa que por ver penetrar por las puertas de su casa a Jesús Sacramentado. Preparóse con ardientes afectos de amor y con actos continuos de conformidad a las disposiciones de la Providencia, llevándole el Santo Viático entre 11 y 12 de la noche, que recibió con marcadas muestras de humildad y devoción edificando con ellas a los circunstantes.

129. Es verdad que al día siguiente la Sierva de Dios llamó a una de sus hijas para decirle que pusiera dentro de un sobre cinco mil pesetas y las llevara a las Religiosas del Servicio doméstico, para las obras, pues en este día lo necesitarían. El martes fue a celebrar misa en el Oratorio de la casa un padre de la Compañía, recibiendo Dorotea la Sagrada Comunión, haciéndolo todos los días hasta el de la muerte inclusive. El miércoles era el 1 de Abril y tenía costumbre la Sierva de Dios distribuir cierta cantidad a los pobres todos los primeros de mes; y a pesar de que intentaron disuadirla, no permitió Dorotea que se difiriese aquella distribución, mas al contrario, dijo: *"Dadles la limosna de tres meses, porque yo no estaré para ello."*

130. Es verdad que no perdió un momento su habitual serenidad, atendiendo a todos con un interés que parecía que no era ella la necesitada de cuidados. El jueves llamó a las dos hijas que en aquel momento estaban en la casa, encargándoles entregasen oportunamente la cantidad de ochenta mil pesetas que

tenía destinadas para la fundación de unas Escuelas en la vecina villa de Gracia.

131. Es verdad que por la noche progresó tan rápidamente la enfermedad que no se dudó que el viernes sería el último de sus días. Al recibir aquella mañana la Sagrada Comunión díjole su confesor: "Doña Dorotea, comulgue con devoción, que ésta es su última Comunión." Ella respondió: *Alabado sea Dios*. Estaban presentes sus hijas, sus nietos y otros varios individuos de la familia. Recordó a sus hijas que la amortajasen con el hábito de Hermana de la Caridad, pidiendo que se lo trajesen, poniéndose muy contenta cuando lo vio. Luego quiso quedarse sola con sus hijas a las que dio afectuosísimos consejos y también varios encargos, en orden a obras de caridad; luego arrodilladas todas alrededor del lecho les dio su bendición, haciendo sobre ellas con gran solemnidad la señal de la cruz y diciendo: *Yo os bendigo, hijas mías, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen*. Inmediatamente pide que entren los nietos y biezniegos y a todos los bendice, abraza y besa por última vez con afecto tan crecido y una fortaleza tan grande que no se puede exprerar. A uno de ellos dijo: *Sé bueno. Ya no te queda más que una mamá*.

132. Es verdad que después comenzó a dictar disposiciones referentes a las personas empleadas en su servicio. Sobre cada una de ellas dejó a sus hijas recomendaciones especiales, bajando a muchos pormenores. Encargó también que se repartiese entre los pobres la ropa que dejaba de su uso, no costando gran trabajo, por ser muy escaso el número de las prendas, y ser grande la pobreza con que vivía.

133. Es verdad que aquella mañana estando en pleno uso de sus facultades, que no perdió sino con la vida, le fue administrado el Sacramento de la Extremaunción. Continuó ella tranquila y serena, repartió entre sus hijas las medallas que llevaba puestas, díjoles palabras de consuelo apropiadas a las necesidades de cada una y encargóles que el día de su muerte se diese

a todos los pobres que se presentasen en la casa una limosna de dos pesetas, que luego subió a cinco. Asistíanla algunos sacerdotes que le iban sugiriendo afectos de amor a Dios y de santa resignación hasta el momento de la muerte. Cerca del mediodía hiciéronle la recomendación del alma. Oyóla la moribunda con los ojos cerrados, como si un grave sopor se los oprimiera; e inmediatamente después de hecha la reconmedación, los abrió de súbito más de lo que solía, dio una alegre mirada a cuantos estaban a su alrededor, como si les diese la última despedida y los cerró con una suave sonrisa que le quedó estampada en el rostro. Era el primer Viernes consagrado al Corazón de Jesús del que era devotísima.

134. Es verdad que abierto el testamento, hallóse haber sido otorgado en 31 de Diciembre de 1889. La cláusula relativa al entierro estaba concebida en estos términos: *Quiero que mi entierro y funerales sean lo más sencillo posible; y más abajo: Quiero que se me hagan celebrar para el descanso de mi alma cuatro mil misas rezadas... por sacerdotes que tengan la residencia en esta ciudad.*

FUNERALES Y SEPELIO

135. Es verdad que su rostro quedó más risueño ahora después de muerta que cuando vivía. Mirábanla cuantos acudieron a su casa, que fueron de todas las clases sociales: pobres y ricos, niños y viejos: no sabían apartar de ella los ojos, por el inefable consuelo que embargaba su corazón. Varias de las religiosas y algunos sacerdotes, sacaron sus rosarios y los tocaban en las manos de la difunta, como para conservar una reliquia suya. Las señoras se quitaban de los dedos las sortijas y las ponían en uno de los dedos del cadáver para colocarlas de nuevo en el suyo. Besaban muchos aquellas manos benditas que tantos beneficios habían dispensado. Las madres levantaban a sus hijos para que también pudiesen besarlas.

136. Es verdad que la conducción del cadáver de la Sierva de Dios se verificó el 4 de Abril de 1891, a las tres de la tarde. Una inmensa muchedumbre llenaba las calles adyacentes y de los labios de todos no se oían más que estas palabras: ¡Era una Santa! ¡Personas como ésta no debieran morir nunca! Presidió el entierro el Señor Obispo de Barcelona que interrumpió la visita pastoral que estaba haciendo y el señor Obispo de Aulon en California, el Alcalde de la ciudad y el Gobernador de la Provincia, innumerables filas de niños y niñas de los asilos y escuelas por ella fundados, los ancianitos de las Hermanitas de los pobres, con tan gran multitud de gente, en que se confundían todas las clases sociales, como pocas veces se había visto.

137. Es verdad que se dio sepultura a la Sierva de Dios en el cementerio del Este de esta ciudad, en el panteón de la familia que consta de doce nichos, uno para la Sierva de Dios, otro para su esposo y los diez restantes para las familias de cada de una de las hijas, a razón de dos por familia.

138. Es verdad que para celebrar los funerales se escogió una de las mayores iglesias de Barcelona, Santa María del Mar, y a pesar de esto no fue posible que en ella cupiese la inmensa muchedumbre de gente que acudió. El oficio de Requiem fue sumamente sencillo, a canto llano y sin ningún acompañamiento de música; pero lo más notable fue el imponente silencio que en aquella inmensa muchedumbre reinaba, que no parecía sino que los concurrentes, pobres muchos de ellos, no sabían desplegar los labios más que para rezar y decir una vez en la calle: "Ya murió la santa."

FAMA DE SANTIDAD

139. Es verdad que cuando el Padre Nonell de la Compañía de Jesús quiso escribir la vida de Doña Dorotea de Chopitea, "hallé, dice él, que apenas hay persona grande ni pequeña,

sabia o ignorante, pobre o rica, en toda Barcelona que no la haya conocido por haber recibido de ella socorro en sus necesidades o consejo en sus dudas o grande edificación de sus heroicas virtudes. Recorrí todos los institutos por ella fundados o ayudados y en todos me decían lo mismo: "Doña Dorotea fue una santa, una gran santa. Cuanto de ella se diga es poco. ¡Oh, qué santa era Doña Dorotea!"

140. Es verdad que decía un socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl: "He visitado a los pobres del Pueblo Nuevo y de la Barceloneta y puedo asegurar que en casi todas las casas en que he entrado, he oído, sin preguntarles nada, referir actos de mucha edificación de esta señora: una madre contaba que la había socorrido en una enfermedad propia, o de su marido, o de sus hijos; más allá otra cuyas hijas peligraban por su pobreza las había colocado en diferentes casas de recogimiento; en suma, no hay necesidad que no haya socorrido y el nombre de Doña Dorotea es conocido en todos aquellos pobres y pronunciado con gran veneración y respeto; su memoria es bendecida y su falta llorada con lágrimas que rompen el corazón."

141. Es verdad que en la Parroquia de Santa Ana hay un elogio de la Sierva de Dios que termina con estas palabras: Las calles por donde pasó el entierro estaban llenas de numeroso gentío, de entre cuyos grupos salía constantemente esta frase: ¡Era una santa!

142. Es verdad que el Siervo de Dios don Miguel Rúa Sucesor de San Juan Bosco en la Congregación Salesiana, al dar el pésame a la familia la llama "Madre de los huérfanos" y el Cardenal Casañas: "El nombre de Doña Dorotea será respetado por todos, buenos y malos, con el respeto con que se pronuncia el nombre de una santa, porque santa fue en sus actos públicos y privados;" y el Obispo de Vich, proclama también sus heroicas virtudes.

143. Es verdad que en numerosas cartas escritas a las hijas

de la Sierva de Dios con motivo de su fallecimiento, ya por Fray M. Esteban, Prior de Nuestra Señora de la Trapa del Val, ya por Fray M. Cándido, Abad de Sainte Marie du Desert, por Fray Pablo Carbó, dominico, por Sor María de San Mauricio, Superiora General de María Reparadora, por Sor Catalina Daghero, Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, por la Junta general del Apostolado de la Oración de Gerona, por Sor Carmen Urpiá, Abadesa del Real Convento de Carmelitas de Zaragoza, todos hacen elogios de las virtudes de la Sierva de Dios, y no titubean en honrarla con el dictado de Santa.

144. Es verdad que iguales elogios estamparon de la Sierva de Dios el *Diario de Barcelona*, *El Correo Catalán*, el *Diario de Cataluña*, el *Diario Mercantil*, *La Vanguardia* del día 4 de abril de 1891, *La Veu de Catalunya* del 12 del mismo mes, *La Dinastía* del 5 y *La Semana Católica* del 12.

DONES SOBRENATURALES EN VIDA Y FAMA DE SANTIDAD

145. Es verdad que la fama de santidad de que ha gozado la Sierva de Dios en vida, en muerte, y después de la muerte, continúa en Barcelona y en España. Mucho se ha extendido también en la Congregación Salesiana, que considera a la Sierva de Dios como honra y ejemplo de los Cooperadores Salesianos.

146. Es verdad que deseaba ardientemente que en la manzana contigua a su casa se levantase un templo al Sagrado Corazón de Jesús y pasando por allí un día con sus nietecitas en el año 1873, sacó del bolsillo una medalla del Sagrado Corazón y dándola a una de las niñas le dijo: Toma esta medalla y entiérrala en aquel sitio y roguemos a la Santísima Virgen que haga se construya allí un Templo en honor del Corazón de Jesús.

Seis años más tarde los Padres Jesuítas adquirieron, venciendo dificultades que parecían insuperables, aquel solar y levantaron un templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, con indecible gozo de la Sierva de Dios.

147. Es verdad que cuando el cólera de 1885 se cebaba en Barcelona y España entera, temiendo por los niños que tenía en gran número en las Escuelas Salesianas de Sarriá, envió a una de sus hijas a enterrar medallas del Sagrado Corazón de Jesús en diversos sitios de la población, suplicando con viva confianza al Señor que librase del contagio al pueblo todo y en especial a los niños mencionados. Ni un solo caso de cólera ocurrió en el citado pueblo en aquel período de tiempo durante el cual tantos estragos causó en todas partes.

148. Es verdad que un joven marino español que tomó parte en la peregrinación española a Roma en el año 1876, en honor de Santa Teresa de Jesús, al visitar al Superior de los Pasionistas, Padre Gismondi, enterado de que era de Barcelona, preguntóle si conocía a don José María Serra y a doña Dorotea. "Personalmente no; por la reputación de que gozan de personas muy caritativas y de gran beneficencia los conozco mucho; entre los marinos que hacen viajes a América se habla mucho de estos señores, porque apenas hay buque de la casa que cuando sale para América no lleve encargos para monjas o sacerdotes de aquellas regiones.

149. Es verdad que cuando San Juan Bosco envió al Padre Branda a fundar en el año 1880 la primera casa de la Sociedad Salesiana en España en la ciudad de Utrera (Andalucía), le dijo: "Ahora vas a Andalucía, pero no estarás allí mucho tiempo; luego pasarás a Cataluña adonde nos llamará una señora, ahora casada, pero entonces viuda, para hacer una gran fundación en Barcelona." Cuatro años más tarde los hechos dieron a conocer que esta señora era la Sierva de Dios.

150. Es verdad que cuando San Juan Bosco llegó a Barcelona en el año 1886, al ver a la Sierva de Dios díjole: Doña

Dorotea, todos los días rogaba a Dios para que me hiciera la gracia de no morir sin conocerla. Que el Santo confirmó estas palabras de admiración y aprecio yendo inmediatamente a la casa de la Sierva de Dios; y repitiendo estas demostraciones durante los días (6 de Abril al 6 de Mayo de 1886) que permaneció en Barcelona. Es verdad según afirma el Padre Branda, Superior de los Salesianos de Sarriá, que el Santo dio a conocer a la Sierva de Dios la época de su muerte; y que antes de salir de Barcelona díjole que había rezado para que al morir fuese al Cielo sin pasar por el Purgatorio. Que este aprecio y admiración continuó en el sucesor del Santo, el Siervo de Dios don Miguel Rúa.

GRACIAS Y FAVORES OBTENIDOS

DESPUÉS DE SU MUERTE

151. A primeros de Enero de 1925 se estaba muriendo de una llaga en el estómago el Director del Colegio de San Luis, calle Buenavista, 2. Se le administraron los últimos Sacramentos. Los médicos Rosell, Font, Gallard, Puig Sureda le habían desahuciado. El Padre Alegre, S. I., aconsejóle que hiciera una novena a la Santísima Trinidad por intercesión de doña Dorotea. En seguida entráronle grandes deseos de que se le operase. Para ello fue preciso inyectarle sangre de su hijo. No debió de quedar el médico muy satisfecho de la operación, pues al terminar dijo que tendría que repetirla a las tres semanas. No obstante el enfermo despertó sin ningún dolor y al punto pidió alimento. Al poco tiempo podía sentarse a la mesa y comer con su familia.

152. La mujer de un colono de una casa de campo de Llavernas se puso gravísima, juzgando el médico que era urgente una operación. Esta casa pertenece a unos nietos de doña Do-

rotea, los cuales aplicaron a la enferma una reliquia de la Sierva de Dios, encomendándose a su protección. Al llegar el médico operador, observó con admiración que la operación yo no era necesaria.

153. Una buena mujer que cuando niña había sido asilada por la Sierva de Dios quería colocar a su hija de 12 años de criada en algún convento a fin de que no se perdiese, pero en ninguno la querían por su poca edad. Las Hermanas le dijeron que hiciese una Novena a la Sierva de Dios. A los pocos días fue admitida en el primer convento donde se presentó, sin preguntarle siquiera la edad y ofreciéndole un sueldo que ciertamente no esperaba. La buena mujer fue a contárselo al Padre Alegre, que por entonces estaba ocupado en la redacción de la Vida de la Sierva de Dios, y al que habían entregado una limonsa para el primer pobre que se encontrase, pareciéndole que estaría bien empleada entregándola a aquella mujer. Al llegar a casa dio a su marido aquel billete de 25 pesetas. El hombre se quedó maravillado, preguntando a su mujer a qué hora le había dado el Padre aquel dinero. Al oír que fue a las once, respondió: En aquella hora estaba yo de rodillas en mi cuarto pidiendo a doña Dorotea no permitiera que nos echasen de casa por no poder pagar el alquiler, como nos habían amenazado. Sólo nos faltaban 25 pesetas.

154. El 2 de Febrero de 1926 el niño Juan Antonio Casellas comenzó a encontrarse mal hasta agravarse en forma tal que Doctor Saldaña indicó la conveniencia de una operación, que el Doctor Monturiol no quiso hacer por considerarla peligrosa.

Tanto éste como los Doctores Zariquiey y Garcia Die consideraban el caso gravísimo. Los padres del niño comenzaron la Novena de doña Drotea y al segundo día reventó el tumor por el único sitio por donde podía hacerlo sin causar la muerte al niño, que luego quedó fuera de peligro.

155. Un comerciante necesitaba para salir de apuros 4.000 pesetas. Acudió al Padre Alegre de la Compañía de Jesús, quien

le aconsejó que implorase la protección divina por intercesión de doña Dorotea. Antes de terminar la Novena se le presenta un amigo, quien le dio las 4.000 pesetas para que se las devolviera cuando pudiese.

156. Por indicación del Presbítero Daniel A. Meza V., Salesiano, me dirijo a S. R. para mandarle el certificado de los doctores Marcos Donoso, que fue el cirujano que me operó, y el internista Miguel Acuña, que me atiende, hace unos diez años; ambos estaban admirados del resultado de la operación, y como les dijo el doctor Donoso, desde el primer día, a los miembros de mi familia: "Yo no entiendo lo que pasa, es algo extraordinario; habiéndola dejado, como la tuve que dejar, no se queja la enferma, y dice no tener ningún dolor; debiera estar en un ¡ay! continuado, la he cosido en carne viva, esto es extraordinario y yo no lo entiendo." Tanto me lo dijo a mí, que yo contesté: "Gracias a Dios y a usted, doctor." Él me miró y me dijo a la vez: "Y a usted también, porque ha puesto mucho de su parte en esto." Refiriéndose a la naturaleza extraordinaria que dicen tengo yo, para dominar los nervios. Yo lo miré y le dije: "Doctor, voy a decirle lo que he hecho. Yo no sé si usted sabe que pronto tendremos una santa chilena, y es doña Dorotea Chopitea de Serra"; le conté en cuatro palabras quién era esta señora... ¿Lo que le pedí? ¿Que no me doliera la operación? No, eso habría sido una tontería, le pedí solamente poder soportar los dolores y que lo guiara a usted en todo. El doctor Donoso me miró también y se afirmó más todavía en que lo que pasaba era extraordinario y me agregó: "Voy a confesarle que yo me pensaba que su curación duraría muchos meses; heridas de esta clase son muy difíciles de curar y traen muchas complicaciones. Esto es extraordinario." Pocos días después le di una de las novenitas a la Santísima Trinidad para pedir la Beatificación de doña Dorotea, para que se la llevara a su esposa y ella me ayudara a pedir por esta Beatificación y así tener una santa nacida en Chile, aunque se santificó en España, la patria de sus

padres. "Con mucho gusto", me contestó el doctor, y la tomó y con cuidado la colocó en su cartera.

Al doctor Acuña le di también otra novenita para su esposa, señora a quien yo conocía, así la cosa era más fácil y el doctor Acuña la recibió también con mucho gusto

Pocos días después se presentaron los dos médicos para ver cómo estaba la herida. El doctor Donoso llegó primero, me hizo el aseo del cuerpo y me dijo: "Ahora esperaremos a Acuña." Yo le contesté: "Pero voy a tener frío." "Si no le pasa nada, me contestó. Le voy a poner otro chal." En ese momento llegó el doctor Acuña que venía corriendo. Donoso no le dijo nada, lo dejó acercarse a mi cama y cuando menos lo pensó me descubrió el cuerpo. El doctor Acuña dio un grito. "Doctor, le dijo, jamás imaginé esto. Yo creía que estaba sana, pero no de esta manera. Esto es extraordinario." El doctor Donoso lo miró y le dijo: "Le diré que hace muchos días que está así." Volvió Acuña a exclamar: "Nunca me imaginé esto." Y tanto hablaron los dos médicos de lo extraordinario de mi curación, que yo me animé y les dije: "Habrá que darle las gracias a doña Dorotea." El doctor Donoso, que es muy serio, se rio y me dijo: "Y a doña Carolina también." "Bueno, le dije, ahora voy a decirle cómo quiero yo darle las gracias. Yo deseo mandar esto a Roma para que sirva para la causa de Beatificación de doña Dorotea; pero como allá las cosas son muy estrictas, de nada me servirá mandar yo todo esto sin la firma de ustedes." El doctor Acuña no me dejó concluir y me dijo en el acto: "Si esto es extraordinario." Yo le miré y le dije: "¿Quiere decir, doctor, que usted firmará el certificado?" "Ya lo creo, me contestó. Si esto es extraordinario." Me volví al doctor Donoso y le dije: "¿Y usted, doctor?" "Yo también", me contestó. El doctor Acuña dijo: "¿Quién redacta esto?" "Ustedes, le contesté, pues yo no pido sino lo que ustedes acaban de decir, miren bien: ¿Cuándo fue la operación?" "El 18 de julio", contestó el doctor Donoso. El doctor Acuña apuntó la fecha y me dijo: "En dos o

tres días más, traeré el borrador del certificado, y entonces lo firmaremos." Así lo hicieron. El Arzobispo reconoció la firma de los médicos y colocó los sellos. Ésta es la historia del gran milagro que la Sierva de Dios doña Dorotea me ha hecho. Alabado sea Dios. Hace como seis o más años que me encomiendo a doña Dorotea; me ha hecho muchas gracias. Los doctores, no crea usted que son beatos, son sí hombres muy honrados y serios. Así la opinión de ellos tiene más valor. Aquí no hay superstición.

Si usted necesita, respetable Padre, el original del certificado de los médicos, no tiene sino decirme a dónde se lo mando y lo haré con gusto.

Dándole las gracias por este servicio tan grande, se despide su afectísima, MARÍA CAROLINA TOCORNAL, D.

157. Mercedes Chaumont de Cuadras, que habita en la calle Rocafort, 223, 3.º, 4.º, Barcelona, declara:

"Que estando gravísimamente enferma después de un parto difícilísimo, una sobrina mía, doña Palmira Baldó, y diciendo los médicos que era imposible salvarla, pues tenía pulmonía, además gastritis y le fallaba el corazón de una manera espantosa y debido a ello se esperaba un fatal desenlace, entonces hice la novena a la Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea, pidiéndole que la salvara, ya que tanta ilusión tenía ella por ser madre y que no la privara de este gozo, haciendo la promesa que una vez repuesta la enferma le diría que hiciese la novena ella misma.

Y se salvó, quedando los médicos asombrados, diciendo que había sido un milagro.

Pero no me vi con valor, después de curada, de decirle la promesa que había hecho temiendo no la cumpliera, pues cuando le conté el milagro no le vi mucha fe. Pero cuando menos se esperaba, el niño se puso tan enfermo que los médicos no tenían ninguna esperanza de salvarle.

Entonces, al ver el dolor que aquejaba a la infeliz madre, me

fui a la iglesia de la Milagrosa y le volví a pedir a la Sierva de Dios que salvara al hijo, rogándole también que diese fe al corazón de la madre y que sería publicado el milagro.

Fui a ver a mi sobrina y le dije que hiciese la novena, porque sólo así se pondría bueno su hijo, empezándola el día de Corpus y terminando el del Corazón de Jesús, y a los nueve días justos el niño estaba completamente bien.

Desde aquel momento mi sobrina, llena de fe, dio gracias a Dios por los dos milagros tan grandes que había obtenido por medio de la Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea, y salvo el juicio que forme la Iglesia, tengo la persuasión de que todo ha sido obra de la intercesión de la Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea, que quisiera ver pronto en los altares, en vista de lo milagrosa que es.

158. Es verdad que el Señor se ha complacido en conceder otras muchas gracias especiales y extraordinarios favores, por intercesión de la Sierva de Dios, como referirán testimonios bien informados.

Hos pro nunc, salvo tamen iure alios articulos exhibendi si opus fuerit; non se tamen adstringens ad opus superfluae probationis, de quo iterum protestatur.

Romae, die 1.^o Ianuarii 1958.

Iulius Bianchini
Postulator Generalis Societatis Salesianae.